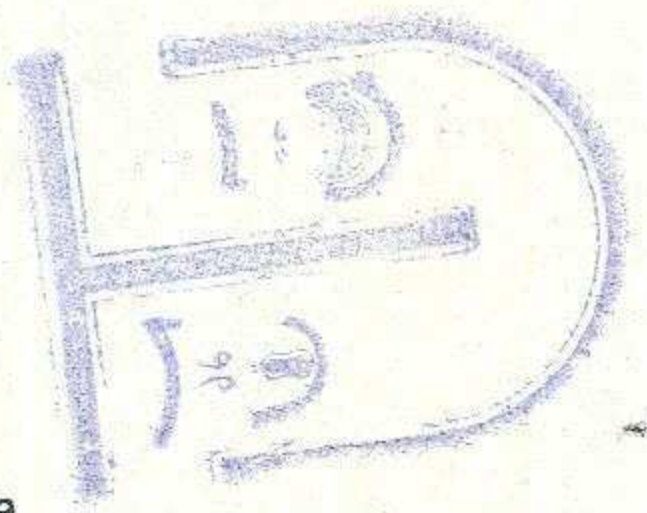


20/abril/06 JCS
24/11/08 EUT

Seminario de Drama

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
DEPARTAMENTO DE DRAMA



UNA TRAGEDIA FLORENTINA

PERSONAJES

GUIDO BARDI, joven florentino de elevada alcurnia.
SIMON DARIO, mercader.
BLANCA, su mujer
MARIA, doncella.

LA ACCION, EN FLORENCIA, A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI.

UN ACTO

La escena representa una estancia en una casa burguesa de Florencia. Un amplio ventanal, al fondo, da sobre un cielo iluminado por la luna. Se distinguen vagamente las torres de la ciudad. Hay una puerta a la izquierda. Un gran lecho tapizado, con las cortinas echadas, a la izquierda. Epoca, siglo XVI. Una mesa con la cena servida para una persona. Lámpara, escabeles, alacena, etc., etc.

AL LEVANTARSE EL TELON BLANCA CON SU DONCELLA MARIA.

MARIA Seguramente, el joven es Guido Bardi, ¡un señor adorable y de sangre azul!

BLANCA ¿Y dónde os recibió?

MARIA ¿Dónde sino en aquel palacio que se ve allá lejos, cuyo salón tiene los muros pintados ¡con mujeres desnudas!, que harían enrojecer o sonreír a cualquier plebeyo? Mas como él es señor, no reparaba en ello.

BLANCA Pero, ¿cómo sabéis que no es un criado, un simple lacayo?

MARIA ¿Y me lo preguntáis? ¿Cómo sé que hay un Dios en el cielo? Porque los ángeles tienen, seguramente, un soberano. De igual modo, ante ese joven señor, todos se inclinaban, quitándose los sombreros y barriendo las losas de mármol con las lindas plumas. Se paró, y me diejo secamente, pareciendo verme de pronto: "Mujer, ¿tu señora me devuelve esta bolsa, de cuarenta mil o de cincuenta mil coronas? Vamos, di la suma en que he de comprar sus encantos."

BLANCA ¡Cómo! ¿Había allí dentro cuarenta mil coronas?

MARIA Yo sólo sé que todo era oro y que pesaba mucho.

BLANCA Debe ser él; nadie podría dar tanto.

108 0578

mchrs ca

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

- MARIA Es él, es monseñor Guido; Guido Bardi.
- BLANCA ¿Qué contestasteis?
- MARIA Yo dije que mi señora no había mirado el oro ni abierto la bolsa, ni contado una moneda, y que tan sólo había preguntado de nuevo: "Si vuestra señoría era joven y bello, qué jubón llevaba vuestra gracia, qué cadenas y qué medias lucían sobre vuestras piernas ilustres..." Y me incliné...
- BLANCA ¿Qué dijo él?
- MARIA Me incliné, y él respondió: "¿Tiene, pues, un amante, además de ese viejo marido insoportable, o es a él a quien ama? ¿Es a él?"
- BLANCA ¿Y qué más?
- MARIA Me incliné profundamente, y dije: "Ni a él, monseñor, ni a ningún otro hombre. Tú eres rico y honorable, monseñor, y ella, aun no siendo tan rica, es honorable..."
- BLANCA Necia, más que necia, yo nunca os he dicho que dijeseis una palabra de eso..
- MARIA Por eso yo no he dicho ni una sola palabra de las que decís; yo dije: "No le ama, monseñor, ni a ningún otro hombre. No obstante, podría suceder que ella amase si fuese amada por alguien que realmente le agradase, pues está ya cansada de hilar siempre sola. No es rica, y, sin embargo, no es pobre; mas es joven, monseñor, y vos también lo sois." SE DETIENE, SONRIENTE.
- BLANCA Aprisa, aprisa.
- MARIA ¡Vaya, vaya! Era tan sólo para que veáis cómo sonreí al decir que el señor era joven. También él quedó seducido, pues me dijo: "¡Basta! Si fuese yo esta noche a rendir homenaje a vuestra adorable, a nuestra adorable señora, ¿sería recibido?" Y yo le dije: "Sí." "Entonces, iré, y si todo marcha bien, que arroje algo al suelo cuando pase yo por debajo." ¡Ya debiera estar aquí! Mirad por la ventana. ¡Ya debiera estar aquí! ¿Está? ¿Le veis?
- BLANCA Arrojad algo... Sí. Esta cinta con este broche servirá. María, estad por aquí cerca, hasta que llame, y tened cuidado de no entrar. Bajad y abrid a ese joven, pues, como oís, llama. Sale María. Entra grandes damas podría escoger y, sin embargo, le atrae... ¡Ah! ¡Ese es mi temor! ¿Le atrajo el amor hacia mí, la sola fuerza juvenil del amor? Esa es la cuestión; si estuviese segura de que me amaba, podría yo hacer lo que las grandes damas han hecho y vengarme de un marido, ciego ante la belleza. ¡Pero si fuese una abeja frívola, una simple abeja galante que se furla de las pobres flores!... MARIA ABRE LA PUERTA A GUIDO BARDI Y SE RETIRA DESPUES. Monseñor, sé que tenemos algo aquí, en esta pobre casa, que deseáis obtener. Mi marido no está en casa; pero

yo sé perfectamente el precio de los terciopelos, de la seda y de los brocados. Creo que habéis ofrecido unas cuarenta mil o cincuenta mil coronas por algo que guardamos aquí. Y debe ser por esta maravilla del telar, que mi Simón tiene aquí; es un damasco de Lucca, tejido de plata bordada de rosas; puesto que habéis ofrecido cincuenta mil coronas, debe ser por eso. Os ruego que esperéis, porque voy a buscarlo.

GUIDO

No, no ¡oh tú!, graciosa maravilla del telar, más bella con mucho que los de Lucca; no pensaba en ningún tisú de plata adamascado, tejido por tejedores gibosos: si semejantes telas se estiman en cincuenta mil coronas, tendré que avergonzarme, pues esperaba comprar una por la cual cien mil hubiesen sido poco.

BLANCA

¿Habéis dicho cien mil? No; el pobre simón, por una suma tan elevada os vendería todo cuanto la casa contiene. El pensar en cantidad tal deslumbra el cerebro de mercaderes como nosotros.

GUIDO

¿Venderá todo cuanto la casa contiene? ¿Vendería todos sus moradores, todos?

BLANCA

¡Oh! Todos los objetos y todas las personas, monseñor, menos él; no estima a una mujer tanto como a un terciopelo, ni a una esposa a la mitad de precio que a un tejido de plata.

GUIDO

Entonces, quisiera hacer un negocio con él inmediatamente.

BLANCA

Está ausente; acaso tenga que dormir lejos; pero yo puedo enseñaros, monseñor, todo lo que tenemos; puedo medir las anas y sumar sus precios, monseñor.

GUIDO

Lo que yo quisiera comprar eres tú misma, Blanca.

BLANCA

¡Oh! Entonces, monseñor, tendréis que tratar el negocio con Simón; pues venderme yo sería hacer lo que más odio. Buenas noches, monseñor; con profundo pesar me encuentro en la imposibilidad de complacer a vuestra señoría.

GUIDO

No, te lo ruego; permite que me quede. Y perdóname por el deplorable papel que he representado, como si fuese un comprador y tuviese intención de rebajar los precios, de regatear primorosas mercancías.

BLANCA

Monseñor, no hay razón para que os quedéis.

GUIDO

Tú eres mi razón, perfecta, incomparable; tú la razón por la que estoy aquí; el fin de mi vida, pues nací para amar las cosas más lindas...

BLANCA

Para comprar las cosas más lindas que pudean comprarse.

- GUIDO ¡Blanca, cruel! ¡Despreciame, pero nací para amarte a ti, la impagable, que jamás podría venderse, a semejanza de las almas aladas que se mueven y vuelan entre los planetas o en torno a la luna.
- BLANCA Tan acostumbrado estáis a comprar el amor, o lo que se pone a la venta con ese rótulo, que apenas podéis concebir uno que sea impagable. Pero aunque mi amor no haya sido puesto en venta jamás, en el mercado fuí vendida y comprada.
- GUIDO Esto es algún enigma que inventa tu ingenio para escarnecer el mío y seguir burlándote de mí.
- BLANCA Mi boda, señor..., hablo del matrimonio ahora, ese mercado común al que fué mi marido, y en el que se enorgullecía de haber hecho un gran negocio.
- GUIDO ¡Maldito mercader, cómo le aborrezco!
- BLANCA Fué mejor postor que vos; sabía con quién tenía que tratar..., y no me habló de oro a mí, sino que lo hizo tintinear al oído de mi padre; a mí me habló de amor, libre, honrado y sin precio.
- GUIDO ¡Oh Blanca, Blanca, adorable como la luna! La luz de tu alma pura y de tu espíritu chispeante me muestra mi vergüenza y hace que el ser que yo era huya como una sombra del ser que soy.
- BLANCA Dejad hacer al que proyecta la sombra, monseñor, y no perdáis de vista lo que su sombra hace o ha hecho. La juventud, la fuerza y el amor, ¿están tan cohibidos por simples sombras y se pierden tan lejos que no puede llamárseles?
- GUIDO La nobleza está aquí, no en la corte. Allá están las estrellas, aquí está la luna, cuyo esplendor sereno convierte a la noche en día. He sido adormecido por unas partículas de luz, y me inunda la gloria viendo ahora la luna.
- BLANCA He rechazado crecidas sumas de buen oro, y no me comprarán unas frases de oropel.
- GUIDO No insistas, espiritual y divina Blanca; no insistas más. Mira, ¡he traído mi laúd! Cierra la puerta. Cenaremos con la luna, como los príncipes persas, que, en Babilonia, comían en los jardines colgantes del rey. Sé una aria que puede suspender el alma de los cielos a igual altura que esos jardines colgantes.
- BLANCA Mi marido puede volver; no estamos seguros.
- GUIDO ¿No has dicho que dormiría fuera?
- BLANCA No estaba seguro; dijo que era posible. Mas no estaba seguro; mandarí a mi tía a acostarse conmigo, si así lo decidiese, y aún no ha llegado ella.

- GUIDO. ACECHANDO. Silencio. ¿Qué es esto? ESCUCHAN. OYESE DEBILMENTE LA VOZ DE MARIA, ENCOLERIZADA CONTRA ALGUIEN.
- BLANCA Es María, que riñe con alguna vieja de la vecindad.
- GUIDO Creí que la otra voz era de hombre.
- BLANCA Todo vuelve a quedarse silencioso. Las viejas chismosas tienen a veces la voz áspera. Debierais marcharos, monseñor.
- GUIDO ¡Oh dulce Blanca! ¿Cómo podría ahora separarme de ti? Tu belleza hizo de mis ojos dos cautivos, que enloquecieron al mantenerse de tus encantos; pero tu alma, perfume libertado de un capullo, capullo que perfecto parecía, es ahora el que puede hacer olvidar su primitiva forma; ¿cómo dejar la flor, yo, que amaba la hoja? Hasta el presente yo era el príncipe más rico de Florencia. Soy ahora un amante que huiría de las gentes, abandonando todo poder, y que buscaría un retiro en Bellosguardo o en Fiésole, donde las rosas, en su más bella profusión, ocultan alguna ciudad de mármol, cuyos muros fríos han resonado con los ecos reidores del Decamerón y donde tu risa resonará del mismo modo alegre. Dime que puedes amar, o con un beso mudo instila esa certeza en mi alma.
- BLANCA ¿Podéis decirme qué es el amor?
- GUIDO Es el consentimiento, la unión de dos espíritus, de dos almas, de dos corazones, en todo cuanto piensan, esperan o sienten.
- BLANCA Tales amantes podrían ser mudos sin duda, pues los que piensan, esperan y sienten juntos no tendrán nada que decirse al oído.
- GUIDO ¿Qué es el amor? El amor es el encuentro de dos mundos.
- BLANCA Por eso mi marido alaba el mercado de la ciudad, donde los dos mundos, del Este y del Oeste, hacen sus compras.
- GUIDO Vamos. El amor es el amor, un beso, un íntimo abrazo. Es...
- BLANCA Mi marido llama amor a eso cuando ha cerrado su libro de Caja.
- GUIDO Observo que mi espíritu puede llegar al tuyo y que no eres joya para un viejo huraño. Estoy seguro de que mi juventud y mi fiereza y mi sangre concuerdan mejor con una belleza alegre y brillante como la tuya, que una edad avanzada y un trabajo miserable.
- BLANCA ¡Bien dicho, sí; bien dicho! Creo que no se atrevería a miraros de frente, como los buhos no se atreven a mirar al sol de frente; él es esa sombra aplastada que un cuerpo como el vuestro puede proyectar sobre un montón de estiércol al borde del camino; aunque si cayese sobre el suelo liso parecería mucho más grande.

- GUIDO Tu mercader, absorto en sus negocios, se roe el corazón, Almas tristes la de los que acechan y envidian la dicha de los demás; no gozan de placer alguno, y tan sólo ponen su pensamiento en el precio de las cosas.
- BLANCA Mi marido no parece nunca pensar que tengo un rostro que hace que os volváis vosotros los galanes cuando paso.
- GUIDO Tu noche es más sombría dello que yo soñaba, brillante estrella.
- BLANCA Vive ensimismado o hablando consigo mismo, y no entra nunca alegre en la reunión. Sus ojos chocan con los míos, y estoy segura de que cada vez que me mira cuenta, estremeciéndose, el precio de lo que llevo puesto.
- GUIDO Olvídate por completo. Ven, ven; huye de esta vida espantosa; como una mariposa, rompe tú la telaraña, vente conmigo y nos amaremos, como si las vidas que llevábamos hasta ayer fuesen sueños demoníacos, desvanecidos por la brillante luz de otra vida más feliz.
- BLANCA ¿Iré?
- GUIDO ¡Oh! No hagas más preguntas! ¡Ven! Pierden su tiempo los que meditan sobre sus malos sueños; huiremos a la montaña, engalanada de rosas rojas, y aunque las personas que alucinaron ese sueño vivan aún, se desvanecerán a distancia, pareciendo tan débiles como una espiga de trigo que se confunde con las otras al paso de un pájaro, y silenciosas serán, lejos del oído, como esas voces que hace un instante disputaban, mientras nosotros miraremos hacia atrás, desde nuestro nido de rosas, preguntándonos si lo que contemplamos no es un hermoso cuadro, y si unas vidas sucias, oscuras, siguen acá ahogándose en maldad. ¿No quieres venir, Blanca? ¿No quieres venir? OYESE UN RUIDO EN LA ESCALERA.
- GUIDO ¿Qué es eso? LA PUERTA SE ABRE; ELLOS SE SEPARAN, COMO SORPRENDIDOS EN FALTA, Y EL MARIDO ENTRA.
- SIMON Mi buena esposa, tardas en recibirme; ¿no estaría mejor correr a mi encuentro? Ten, quitame la capa. Coge primero este paquete. No he vendido nada más que un vestido forrado de pieles al hijo del cardenal, que espera ponérselo cuando se muera su padre. Y espera que será pronto. Pero ¿quién es este caballero? ¿Qué! ¿Tienes aquí algún amigo? ¿Algún pariente, sin duda, recién llegado de países extranjeros y caído en una casa sin dueño para acogerle? Os pido perdón, pariente. Una casa sin dueño es cosa vacía y sin honor; es una copa sin vino, es una vaina sin el acero que la mantiene rígida, es un jardín sin flores, huérfano de sol. De nuevo imploro vuestro perdón, amable primo.
- BLANCA No es un pariente, ni tampoco primo.

SIMON ¡Ni pariente ni primo! ¡Me asombras! ¿Quién es entonces el que con tal gracia cortés se digna aceptar nuestra hospitalidad?

GUIDO Me llamo Guido Bardi.

SIMON ¡Cómo! ¡El hijo de ese gran señor de Florencia cuyas torres oscuras, como sombras plateadas por la luna errante, veo desde mi ventana todas las noches! Señor Guido Bardi, sed bien venido, dos veces bien venido. Espero que mi honrada esposa, de las más honradas, aunque desagradable a la vista, no os habrá aburrido con necio parloteo, cual corresponde a las mujeres.

GUIDO Vuestra graciosa dama, cuya belleza es una luz que hace palidecer la de las estrellas y roba al carcaj de Diana sus flechas, me ha acogido con tan amable cortesía, que si fuese de su gusto y del vuestro, vendría yo a menudo a vuestra casa, y cuando vuestros negocios os llamasen fuera, me sentaría aquí y encantaría su soledad, por temor a que se aflija demasiado pensando en vos.

SIMON Mi noble señor, me hacéis un honor tan grande, que mi lengua, como la de un esclavo, está trabada y no puedo decir la palabra que querría. Sin embargo, no daros las gracias sería insolente. Así, pues, os las doy desde lo más profundo de mi corazón. Cosas como ésta son las que unen un Estado, cuando un príncipe tan noblemente nacido y de tan bella apostura, olvidando las injustas diferencias de la Fortuna, viene a la honrada mansión de un burgués como a la casa de uno de sus amigos. Y sin embargo, monseñor, temo ser demasiado atrevido. Esperamos que vendréis aquí cualquier otra noche, como amigo; esta noche venís a comprar, ¿verdad? Seda, terciopelo, lo que queráis; estoy seguro de que tengo algún artículo escogido que atraerá vuestro capricho. Realmente, es tarde; pero nosotros los pobres trabajamos día y noche para obtener nuestras miserables ganancias. Las tarifas son elevadas, y cada ciudad rebaja su propia tarifa; los aprendices son torpes, y las mujeres carecen de sentido práctico y de habilidad, aunque esta Blanca me haya traído un rico cliente esta noche. ¿No es así, Blanca? Pero pierdo el tiempo. ¿Dónde está mi paquete, digo? Abrelo. Desata las cuerdas. Arrodíllate en el suelo. Estás mejor así. No, ésta no; la otra. ¡De prisa, de prisa! Los compradores se impacientan a veces; no debemos hacerles esperar. ¡Ah! Esa es; dámela con cuidado. Es de las más caras. Cógela con suavidad. Y ahora mi noble señor, perdonadme, aquí tenéis una damasco de Lucca. La trama es de plata, y las rosas están bordadas con tal habilidad, que sólo el perfume les falta para engañar a los sentidos. ¿No es suave como el agua y fuerte como el acero? ¿Y las rosas? ¿No están bellamente tejidas? Creo que los jardines de Bellosguardo o de Fiésole no ostentan flores así sobre el manto de la primavera, o si lo hacen, sus flores se marchitan y mueren. Tal es el destino de todas las cosas bellas bajo el viento y en el agua. La misma Naturaleza hace la guerra a su propia belleza y mata a sus hijos, como Medea. ¡Ah monseñor! Mirad desde más cerca. En este damasco es siempre verano, y ninguna dentellada invernal marchitará nunca esas flores. Por cada ana pagué una pieza de oro. Oro rojo y bueno, fruto de mis economías.

GUIDO Basta, honrado Simón, os lo ruego. Estoy muy satisfecho. Mañana os enviaré a mi criado, que pagará dos veces vuestro precio.

SIMON ¡Mi generoso príncipe! Os beso las manos. Y ahora me acuerdo de otro tesoro escondido en mi casa, que tenéis que ver. Es un traje de gala, de terciopelo, tejido por un veneciano; el dibujo consiste en unas granadas, y cada grano es una perla; el cuello es todo igualmente de perlas, tan compactas como los mosquitos en las calles estivales al anochecer, y más blancas que las lunas que ven los locos a través de los barrotes de sus celdas por la mañana. Un gran rubí brilla como un carbón encendido en medio del broche; el Padre Santo no posee una piedra semejante, ni las Indias podrían hallar una igual; el broche mismo es un trabajo curiosísimo. Cellini no hizo nunca una cosa tan linda para cautivar el gran Lorenzo. Tenéis que ponérselo; no hay nadie más digno que vos en la ciudad, y os sentará bien. Sobre un costado, un sátiro de oro, esbelto y cornudo, salta para atrapar una ninfa de plata. Sobre el otro se yergue el Silencio, con un globo de cristal en la mano, no mayor que una espiga de trigo, que se esconde al paso de un pájaro, y, sin embargo, tan hábilmente tejido, que diríase que respira o que contiene su respiración. Decid, Blanca: ese noble y costoso traje, ¿no sentaría bien al joven señor Guido? Pues pídeselo; no te negará nada, aunque el precio sea principesco. Y tu ganancia no será inferior a la mía.

BLANCA ¿Soy yo tu aprendiz? ¿Por qué voy a hacer el artículo a tu traje de terciopelo?

GUIDO No, bella Blanca, voy a comprar el traje, así como también todas las cosas que tiene vuestro esposo. Los príncipes deben ser los que más caro paguen, y afortunados los grandes señores que caen entre las blancas manos de una adversaria tan adorable.

SIMON Acepto el reproche. Pero ¿compraréis mis géneros? ¿O no los compraréis? Cincuenta mil coronas apenas me los pagarían. Pero vos, monseñor, los tendréis por cuarenta mil. ¿Es demasiado elevado ese precio? Decid el vuestro. Tengo un vivo deseo de veros con esa maravilla de la industria en medio de las nobles damas de la corte, como una flor entre flores. Dicen, monseñor, que esas damas quieren tanto a vuestra gracia, que adonde vais os rodean, cual enjambre de moscas, procurando cada una ganar vuestros favores. He oído hablar también de maridos a quienes ponéis los cuernos, que ellos lucen con ostentación. Parece que es una moda que han impuesto las más coquetas.

GUIDO Vuestra lengua descarada pide un freno; y además os olvidáis de esta graciosa dama, cuyos delicados oídos no conciertan con tan grosera música.

SIMON Es cierto: he obrado torpemente; pero no insistiré. ¿Compraréis el traje de gala? Cuarenta mil coronas son una bagatela para el heredero de Guido Bardi.

- GUIDO Arreglad esa cuestión mañana con mi criado Antonio Costa. Vendrá a buscaros y tendréis cien mil coronas, si eso os conviene.
- SIMON ¡Cien veces gracias! ¿Decís cien mil coronas? ¡Oh! Estad seguro de que esto me convertirá en deudor vuestro para toda la vida y en todos los asuntos. Y desde hoy, mi casa, con todo lo que contiene, es vuestra y sólo vuestra. ¡Cien mil! Mi cerebro se deslumbra. Seré mucho más rico que los demás comerciantes. Compraré viñas, tierras, jardines. Todos los telares, desde Milán hasta Sicilia, serán míos. Y más también las perlas que los mares arábigos guardan en sus cavernas silenciosas. Príncipe generoso, esta noche será la prenda de mi gratitud la cual tan grande es, que sea lo que fuere lo que me pidieseis, nada os negaría.
- GUIDO ¿Y si pidiese la blanca Blanca, aquí presente?
- SIMON Os burláis, monseñor; no es digna de príncipe tan poderoso. Sólo sirve para cuidar la casa y para hilar. ¿No es así, querida esposa? ¡Así es, ya la veis! Blanca, tu rueca te espera. Siéntate e hila. Las mujeres no deben estar ociosas en sus casas, pues los dedos ociosos vuelven al corazón indiferente. Siéntate, digo.
- BLANCA ¿Y qué he de hilar?
- SIMON ¡Oh! Hila algún vestido que, teñido de púrpura, pueda llevar la tristeza para consolarse; o alguna sábana de hermosa franja en la cual un bebé recién nacido e inesperado pueda gritar su abandono; o una suave tela que, delicadamente perfumada por hierbas olorosas, pueda servir para cubrir un muerto. Hila lo que quieras; ¡a mi qué me importa!
- BLANCA El hilo se ha roto; la rueda, monótona, se cansa de sus vueltas incesantes; la rueca, más monótona aún, está harta de su carga; no hilaré esta noche.
- SIMON ¿Qué importa? Mañana hilarás, y cada nuevo día te encontrará con tu rueca delante. Así encontró Tarquino a Lucrecia. Así quizá esperaba Lucrecia a Tarquino. ¡Quién sabe! ¡Se dicen tantas cosas de las mujeres casadas! Y ahora, monseñor, ¿cuáles son las noticias de fuera? Me han dicho en Pisa que algunos mercaderes ingleses de allá van a vender sus lanas a una tasa más baja que la permitida por la ley, y que han suplicado a la Señoría que los escuchase. ¿Está bien esto? ¿Un comerciante ha de ser el lobo de otro comerciante? ¿Y el extranjero que vive en nuestra patria debe intentar por medio de privilegios o de fraudes despojarnos de nuestra ganancia?
- GUIDO ¿Y qué tengo que ver con los tenderos y sus ganancias? ¿Debo ir, acaso, a discutir con la Señoría en lugar vuestro? ¿Y llevar el traje con el cual compráis a los locos o vendéis a los soberbios más necios aún? Probo Simón, la venta o la compra de la lana están bien para vos; mi arco tiene otras cuerdas.
- BLANCA Noble señor, os ruego que disculpéis a mi marido. Su alma está

siempre en el mercado, y su corazón no palpita más que por el precio de la lana. A SIMON. ¿No te da vergüenza? ¡Un príncipe viene a nuestra casa, y te dedicas a aburrirle con discursos inoportunos! Pídele perdón.

SIMON

Lo pido humildemente. Hablaremos esta noche de otras cosas. He oído decir que el Padre Santo ha enviado una carta al rey de Francia animándole a atravesar el escudo de nieve de los Alpes, y pacificar a Italia; lo cual será peor que una guerra entre hermanos y más sangrienta que la revolución.

GUIDO

Estamos cansados de ese rey de Francia que no viene nunca, aunque habla sin cesar de venir. Nada de eso me importa. Hay otras cosas más íntimas y de más importancia, buen Simón.

BLANCA

Creo que molestas a nuestro bondadoso huésped. ¿Qué nos importa el rey de Francia? Lo mismo que tus mercaderes ingleses y su lana.

SIMON

¿Es así, pues? Todo el mundo, ¿está limitado por los muros de esta estancia con tres almas tan sólo por míseros moradores? ¡Ah! ¡Hay momentos en que el Universo, como un paño en la cuba de un mal tintorero, se encoge en un instante! ¡Pues bien: sea ese momento el actual! Que esta humilde estancia sea como ese amplio teatro en que mueren los reyes, y que nuestras vidas sirvan de juego a los dioses. No sé por qué hablo así. Mi viaje me ha fatigado y el caballo tropezó tres veces, lo cual es presagio que no augura nada bueno. ¡Ay monseñor! ¡Qué pobre cosa es esta vida humana y en qué mercado más mezquino somos vendidos! Cuando nacemos lloran nuestras madres; pero cuando morimos no hay nadie que nos llore. No, nadie. SE RETIRA AL FONDO DE LA ESCENA.

BLANCA

¡Habla como un tendero; Le odio en cuerpo y alma. La cobardía ha puesto su pálido sello sobre su frente. Sus manos, más blancas que las hojas de un álamo bajo el viento primaveral, tiemblan; y su boca, balbuciente, deja escapar necia espuma de palabras vacías, como el agua de un caño.

GUIDO

Dulce Blanca, no es digno de su pensamiento ni del mío. Ese hombre no es más que un esclavo de frases hechas, que vende caro lo que compra barato; no vi nunca un imbécil tan elocuente.

BLANCA

¡Oh! ¿Por qué la Muerte no se le lleva?

SIMON

¿Quién habla de la Muerte? ¡Que no hable nadie de ella! ¿Qué iba a hacer la Muerte en una casa tan feliz, teniendo solamente a una esposa, a un marido y a un amigo para recibirla? Que vaya la Muerte a las casas de las adúlteras; de castas esposas, que habiéndose cansado de sus maridos, apartan las cortinas de sus lechos nupciales y en sábanas deshonoradas satisfacen su lujuria. Pero, ¡ah!, señor. Permitidme que os lo diga. No conocéis el mundo. Sois demasiado sincero y demasiado honrado. Bien lo sé. Quisiera que no fuese así, pero la cordura llega con los años.

Mis cabellos blanquean, y la juventud abandona mi cuerpo. ¡Basta ya! Esta noche está dedicada al placer, y estaré alegre, en verdad, como corresponde a un hombre que encuentra un huésped amable e inesperado que ha venido a saludarle. COGE EL LAUD. Mas ¿qué es eso, monseñor? ¡Cómo! ¡Habéis traído un laúd! ¡Oh! ¡Tocad, príncipe! Y si he sido demasiado impertinente, perdonadme y tocad.

GUIDO Simón, no tocaré esta noche; otra cualquiera, sí. A BLANCA. Tú y yo juntos, sin más oyentes que las estrellas o la luna.

SIMON ¡Oh monseñor! ¡Os lo suplico! He oído decir que con el simple roce de una cuerda, o con el soplo exhalado en una caña hueca, o con frías boquillas de bronce, los que son hábiles en ese arte pueden arrancar a las pobres almas de su prisión. Oí decir también que un extraño hechizo se esconde entre esas cuerdas y que a su sonido las ventanas se abren y la inocencia coloca hojas de pámpano en sus cabellos y retoza como una Ménade... Vuestro laúd es casto, ya lo sé. Por eso mismo, tocad: encantad mis oídos con alguna dulce melodía; mi alma está prisionera y necesita música para curar su locura. Bondadosa Blanca, ruega a nuestro huésped que toque.

BLANCA No temas; nuestro huésped bien amado elegirá su sitio y su momento: no es ahora ese momento. Le cansas con tu grosera insistencia.

GUIDO Honrado Simón, otra noche cualquiera. Por ésta me contento con la música de la voz de Blanca, que cuando habla encanta el aire amoroso y hace que la tierra vacilante se detenga o fije su ciclo en torno a tanta belleza.

SIMON La aduláis. Tiene sus virtudes, como la mayor parte de las mujeres; pero la belleza es una gema que no puede llevar. Más vale así, por fortuna. Entonces, mi querido señor, si no queréis arrancar melodías de vuestro laúd para extasiar mi alma sombría y turbada, ¿al menos beberéis conmigo? CONDUCE A GUIDO A SU SITIO. Vuestro cubierto está puesto. Tráeme un escabel, Blanca. Cierra las maderas de las ventanas y corre la barra. No quisiera que el mundo curioso, con sus ojillos indiscretos, espíase nuestra diversión. Y ahora, monseñor, dedicadnos un brindis con una copa llena hasta el borde. RETROCEDE COMO ESPANTADO. ¿Qué mancha es ésa, sobre el mantel? Parece roja como una herida en el costado de Cristo. ¿Es vino solamente? Cuando el vino se vierte, se vierte sangre también. Pero es un cuento. Espero, monseñor, que mi vino será de vuestro gusto. El vino de Nápoles es ardiente como sus montañas. Nuestras viñas toscanas dan un jugo más sano.

GUIDO Me gusta mucho, Simón, y con vuestra venia haré un brindis a la bella Blanca cuando sus labios hayan rozado, cual pétalos de rosas rojas, esta copa, haciendo más dulce el contenido. Probad, Blanca. BLANCA BEBE. ¡Oh! Toda la miel de las abejas bíblicas era amarga comparada con esta bebida. Buen Simón, no compartís la fiesta.

- SIMON Es raro, monseñor: no puedo comer ni beber con vos esta noche. Algún humor o alguna fiebre en mi sangre, apaciguados en otras temporadas o algún pensamiento que como una víbora va arrastrándose de un lado a otro, como un loco que se desliza de celda en celda, envenena mi paladar y convierte mi apetito en asco y no en placer. SE RETIRA A UN LADO.
- GUIDO Dulce Blanca, este hombre me fatiga con su palabrería; debo partir. Mañana volveré. Dime la hora.
- BLANCA ¡Venid con el alba! Hasta que os vuelva a ver, toda mi vida será estéril.
- GUIDO ¡Ah! Suelta el anochecer de tus cabellos, y deja que en esas estrellas de tus ojos contemple mi imagen como en unos espejos. Amada Blanca, aunque sólo sera una sombra, consérvame ahí y no mires nada que no muestre algún símbolo de mi parecido. Siento celes de todo aquello en que se posa tu vista.
- BLANCA ¡Oh! Estad seguro de que vuestra imagen siempre estará conmigo. El amor puede convertir las cosas más vulgares en dulces memoranzas; pero venid antes de que la alondra con su agudo canto haya despertado a los soñadores. Estaré en el balcón.
- GUIDO Y por una escala tejida con seda roja y sembrada de perlas bajarás a buscarme, siguiendo tu blanco pie a tu blanco pie cual nieve en un rosal.
- BLANCA Como queráis. Ya sabéis que soy vuestra para el amor o la muerte.
- GUIDO Simón, debo regresar a mi casa.
- SIMON ¿Tan pronto? ¿Por qué? La campana del Duomo no ha ado aún medianoche, y los centinelas que con sus cuernos huecos se burlan de la luna, están adormecidos. Quedaos aún un poco. Temo que no podamos volver a veros más, y este temor entristece mi corazón, demasiado sencillo.
- GUIDO No temáis nada, Simón. Seré siempre de los más constantes en mi amistad. Pero esta noche vuelvo a mi casa sin dilación. Hasta mañana, dulce Blanca.
- SIMON Bien, bien; sea. Hubiera deseado conversar con vos más largo tiempo, mi nuevo amigo, mi honorable huésped; pero ya veo que no es posible. Y, además, no dudo que vuestro padre os espere impaciente por oír vuestra voz o vuestro paso. ¿Sois su único hijo, según creo? No tiene otro entonces. Sois el grácil sostén de su casa. La flor de un jardín lleno de malas hierbas. Los sobrinos de nuestro padre no le aman. Tal dicen las gentes en Florencia. No quería decir más que eso. Las gentes cuentan que envidian vuestra herencia y que miran con codicia vuestros viñedos, como miraba Achab el magnífico campo de Naboth. Pero no son sino chismes de una ciudad donde hablan demasiado las mujeres. Monseñor, buenas

noches. Ve a buscar una antorcha de pino. Blanca. La vieja escalera está llena de agujeros y la luna avarienta regatea sus rayos y esconde su rostro tras una máscara de muselina, como las cortesanas cuando incitan a pecar. Y ahora voy a daros vuestra capa y espada. No, perdón, monseñor; es tan sólo justicia que yo os sirva a vos, que tanto habéis honrado mi pobre casa, bebiendo mi vino, compartiendo mi pan y haciéndoos amablemente familiar. Muchas veces ya mi esposa y yo hablaremos de esta hermosa noche y de sus grandes acontecimientos. ¡Cómo! ¿Qué espada es ésta? Temple de Ferrara, flexible como una serpiente, y más mortal aún, no lo dudo. Con semejante acero no tiene uno nada que temer de la vida. Jamás toqué hoja tan delicada. También yo tenga una espada, un poco mohosa ya. Nosotros los hombres pacíficos aprendemos la humildad, y a llevar muchas cargas sobre nuestras espaldas, y a no murmurar ante una palabra injusta, y a soportar indignidades; aprendemos todo esto, y todavía sabemos sacar provecho de nuestro dolor. Sin embargo, recuerdo que una vez, en el camino de Fadua, un ladrón intentó arrebatarme mi caballo: le atravesé el cuello y le dejé allí. Puedo soportar el deshonor, el vituperio público, las afrentas sinnúmero, el desprecio y la franca insolencia; pero el que me quita algo que es mío, ¡ah!, aunque sólo sea la escudilla más humilde en la cual sacio mi apetito, ése pone en peligro, por ese latrocinio, su alma y su cuerpo, y muere por él. ¡De qué extraño barro estamos hechos los hombres!

GUIDO

¿Por qué habláis así?

SIMON

Me pregunto, monseñor Guido, si mi espada está mejor templada que ese acero vuestro. ¿Queréis que lo veamos? ¿O es mi condición demasiado baja para que crucéis vuestra espada con la mía, en juego o seriamente?

GUIDO

Nada me agradaría más que ponerme frente a vos con el arma desnuda, en juego o seriamente. Dadme mi espada. Id a buscar la vuestra. Esta noche se resolverá el gran problema de saber cuál de los dos aceros, el del príncipe o el del mercader, está mejor templado. Fueron éstas vuestras propias palabras, ¿no es verdad? Id a buscar vuestra espada. ¿Por qué tardáis?

SIMON

Monseñor, de todas las graciosas mercedes que habéis esparcido sobre mi pobre casa, ésta es la más elevada. Blanca, trae mi espada. Aparta ese escabel y esa mesa. Necesitamos gran espacio libre para nuestro asalto, y la buena Blanca sostendrá la antorcha. Al menos, que lo que es juego se torne en algo serio.

BLANCA

A GUIDO. ¡Oh! ¡Matadlo! ¡Matadlo!

SIMON

Sostén la antorcha, Blanca. EMPIEZAN A BATIRSE. ¡En guardia! ¡Ja! ¡Ja! ¿Hasta ese punto? ES HERIDO POR GUIDO. Un arañazo, y nada más. ¡Estaba la antorcha tan cerca de mis ojos! No pongas esa cara tan triste, Blanca. No es nada: tu marido sangra, pero no es nada. Coge un pañuelo. Enróllale alrededor de mi brazo. No; tan fuerte, no. Más suavemente, mi buena esposa. Y no estés triste, te lo ruego; no estés triste. No; quítamelo. ¿Qué impor-

ta si sangro? DESGARRA EL VENDAJE. ¡Más! ¡Más! SIMON DESARMA A GUIDO. Mi gentil señor, ya veis cómo tenía yo razón: mi espada está mejor templada, es de acero más fino que la vuestra. Pero ¿y si comparásemos nuestras dagas?

BLANCA A GUIDO. ¡Matadlo! ¡Matadlo!

SIMON Apaga la antorcha, Blanca. BLANCA APARA LA ANTORCHA. Y ahora, mi buen señor, ahora vamos a buscar la muerte de uno de nosotros, o de los dos, o quizá de los tres. LUCHAN. ¡Ahí... y ahí...! ¡Ah! ¡Demonio!, te tengo entre mis puños, ¿eh? SIMON DERRIBA A GUIDO Y LE ARROJA SOBRE LA MESA.

GUIDO ¡Imbécil! ¡Apartad vuestros dedos, que me aprietan la garganta! Soy el hijo de mi padre; el Estado no tiene más que un solo heredero, y Francia, esa enemiga, espera el fin de la casa de mi padre para caer sobre vuestra ciudad.

SIMON ¡Silencio! Vuestro padre, cuando no tenga hijo, será más feliz. En cuanto al Estado, creo que el nuestro de Florencia no tiene necesidad alguna de un piloto adúltero en su timón. Vuestra vida mancharía sus lises.

GUIDO. ¡Apartad vuestras manos, apartad vuestras condenadas manos! ¡Ah! ¡Soltadme os digo!

SIMON No; estáis sujeto por unas manos tan hábiles que nada os servirá, y vuestra vida, reducida a un solo instante de vergüenza, acaba con esa vergüenza como la más infamante de las vidas.

GUIDO ¡Oh! ¡Que venga un sacerdote antes de morir!

SIMON ¿De qué te servirá un sacerdote? Confiesa tus crímenes a Dios, a quien verás esta misma noche, para no volver a verle después nunca. Dile a El tus pecados; e El: que es el más justo, porque es el más inexorable; el más misericordioso, porque es el más justo. En cuanto a mí...

GUIDO ¡Oh! ¡Ayúdame, dulce Blanca! ¡Ayúdame, Blanca! Ya sabes que soy inocente.

SIMON ¡Cómo! ¿Queda vida todavía en esos labios falaces? ¡Muere como un perro: con la lengua colgando! ¡Muere! ¡Muere! ¡Y el silencioso río recibirá tu cuerpo y le limpiará, empujándole, abandonado, hasta el mar!

GUIDO ¡Que Nuestro Señor Jesucristo reciba mi alma miserable!

SIMON Amén a eso... Y ahora a la otra. GUIDO MUERE. SIMON SE YERGUE Y MIRA A BLANCA. ELLA AVANZA HACIA EL COMO DESLUMBRADA POR EL ASOMBRO, TENDIENDOLE LOS BRAZOS.

BLANCA ¿Por qué no me dijiste que eras tan fuerte?

SIMON ¿Porqué no me dijiste que eras tan bella? LA BESA EN LA BOCA.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS